

ST. JOHN'S AT DIOCESAN CENTER IGLESIA EPISCOPAL DE SAN JUAN

23 E. Airy Street | Norristown PA 19401 | (610) 272-4092



ABSALOM JONES: AMIGO DE DIOS

El Rvdo. Andrew F. Kline

Texto del sermón predicado el Último Domingo después de la Epifanía
14 de Febrero, 2021

ISAÍAS 42:5-9 | SALMO 126
EFESIOS 4:1-6 | SAN JUAN 15:12-15

No puede ser una mera coincidencia, después de que se desvanecieran los argumentos finales sobre el histórico segundo juicio político de un presidente de los Estados Unidos, que, para bien o para mal, en las próximas cuarenta y ocho horas, ¡observaremos tanto el Día del Presidente como el Día de San Valentín! Elige tu opción. ¡Día feliz!

Mire hacia el cielo, los planetas están en movimiento. Mire su taza vacía; ¿Qué dicen las hojas de té? La historia de estos días aún no se ha escrito, pero una cosa es cierta. El vínculo que tenemos entre nosotros en este país es difícil; está en duda. Nuestro amor mutuo está tenso. Nuestro sindicato está siendo probado. Tenemos mucho trabajo por hacer.

El obispo nos ha pedido a todos hoy que celebremos la memoria de Absalom Jones, un santo de esta misma diócesis y ciudad de Filadelfia, cuya fiesta celebramos cada año el 13 de febrero. Esta historia es para todos nosotros, los nacidos aquí, así como los recién llegados.

Absalom Jones nació como esclavo en 1746. Fue separado de su familia a los 16 años cuando fue vendido a un comerciante en Filadelfia. Aprendió a leer por sí mismo, pero solo recibió una educación formal después de llegar a Filadelfia en 1762. Se casó a la edad de 24 años, en 1770, cuando todavía era un esclavo. Hacia 1780 había comprado la libertad de su esposa, para que por ley sus hijos fueran libres. Finalmente, él mismo fue liberado por su dueño en 1784 al final de la Guerra Revolucionaria.

Debemos intentar imaginar su vida, los profundos cambios que presenció. Y cómo fue moldeado por la historia que a menudo se hizo aquí, en esta joven ciudad de Filadelfia, la primera capital de los Estados Unidos, la cuna de la Constitución. Tres años más tarde, en 1787, fundó la Free African Society para organizar a los negros libres en Filadelfia. Dos años después de eso, en 1789, una confederación de estados débil y fallida se reuniría en Filadelfia para elaborar una Constitución que, con suerte, salvaría y perpetuaría la primera forma democrática de gobierno del mundo.

Absalom Jones estaba en el centro de todo. Su Biblia le dijo que estaba libre. Su Constitución recién acuñada le decía que era ciudadano, pero por muy poco, solo en su estado de Pensilvania. Cada año de su vida se enfrentó a la institución de la esclavitud y la discriminación que seguía siendo la falla fatal de ese modelo fundacional de nuestro acuerdo social entre nosotros.

El símbolo de esa discriminación era que incluso como hombre libre, se le exigía que adorara en el balcón de las iglesias de esta ciudad, en lugar de estar sentado junto a sus vecinos blancos. Un día, junto con su amigo Richard Allen, quien fundó la primera denominación oficial de lo que se conoce como la iglesia negra en Estados Unidos, la Iglesia Episcopal Metodista Africana, decidieron abandonar esas iglesias. Estaba decidido a ser reconocido como una persona libre e igual, un hijo de Dios.

Su camino, sin embargo, fue solicitar a la Diócesis de Pensilvania que fundara la primera congregación negra de nuestra denominación. Y fue ordenado como el primer sacerdote negro de la Iglesia Episcopal en 1802. Esa iglesia permanece hoy como la Iglesia Episcopal Africana de St. Thomas ubicada en 62 Street en el histórico vecindario de Overbrook. Absalom Jones murió en 1818.

Quiero que nos tomemos un momento e imaginemos a Absalom Jones, sentado en su estudio, leyendo los pasajes de las Escrituras que tenemos ante nosotros hoy. Imagínelo leyendo las resonantes palabras del profeta Isaías, recordando a Israel que han sido llamados a ser “una luz para las naciones”.

Imagínelo leyendo la enorme visión espiritual del apóstol Pablo cuando declara que, en virtud de nuestro bautismo, no somos separados sino iguales, sino que somos verdaderamente un cuerpo, una familia en Cristo. “Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados a la única esperanza de vuestro llamamiento, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que es sobre todos, por todos y en todos”.

Imagínelo leyendo las palabras de Jesús en el evangelio de Juan y recordando los rostros de todos sus vecinos cuáqueros que lo ayudaron a animarlo a organizarse. Esos cuáqueros eran conocidos por todos como “Los Amigos”. Imagínelo reflexionando sobre las palabras de Jesús que prometen que nosotros también podemos ser amigos de Dios porque Dios ha compartido con nosotros un amor que nos da todo el conocimiento que necesitamos, un amor que no puede separarnos. “Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace el amo; pero os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre”.

Pero imagínelo también mirando cómo su joven país y su iglesia se arraigan. Notaría que, salvo uno, todos nuestros primeros presidentes eran dueños de esclavos. De hecho, diez de nuestros primeros once presidentes serían dueños de esclavos. Los esclavos servirían a todos los presidentes de la Casa Blanca hasta 1850. Uno se pregunta qué pensaría él al descubrir que la iglesia que él fundó no podía votar en nuestras convenciones diocesanas hasta 1890, dos generaciones después de su fundación.

Quizás no le sorprendería el sacrificio sería necesario luchar para liberarnos a todos de la esclavitud y el trauma generacional del racismo. Sin duda, él estaría aquí ahora mismo y nos preguntará qué estamos preparados para hacer para enfrentar nuestro momento de la verdad, nuestra necesidad de dar la vida el uno por el otro para que el amor de Cristo eche raíces en nosotros.

Jesús dijo: “Este es mi mandamiento, que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que este, dar la vida por los amigos “. Esto es lo que le dijo el Padre. Es la palabra que nos hace libres a todos. Es información que nos acerca tanto a Dios que nos damos cuenta de que todos somos realmente uno, todos somos una sola familia, todos necesitamos perdón y gracia para seguir adelante, para crear posibilidades y equidad para todos.

Vamos amigos, dice, pueden convivir en paz y en el vínculo del cariño. Debes vivir así.

Independientemente de lo que pensemos de los eventos de esta semana en Washington y en toda esta tierra, lo que sea que pensemos sobre el estado de nuestra unión, nuestro lugar en esta comunidad en este momento, no debemos perder la oportunidad de obtener esperanza e inspiración del profeta cuando dice:

Yo soy el Señor, ese es mi nombre; a ningún otro doy mi gloria, ni mi alabanza a los ídolos. Mira, las cosas anteriores han sucedido, y ahora declaro cosas nuevas; antes de que broten, os hablo de ellos.

Escuche estas palabras como las escuchó Absalom Jones. Escuche estas palabras cuando las necesite. Escuche estas palabras como palabras que le incitarán a hacer lo siguiente.

Sean libres para ser amigos de Dios, amigos unos de otros. Amén.